

La paz viene de Stormont

EL acuerdo de la pasada Semana Santa pone de manifiesto las enormes posibilidades que se pueden alcanzar mediante el diálogo. Ni las armas ni el fanatismo religioso o nacionalista han podido nunca llegar a este tipo de solución. Tras ocho siglos de colonialismo inglés sobre Irlanda, tras casi ochenta años de una política excluyente por parte de las autoridades probritánicas del Ulster, y finalmente tras treinta años de guerra entre dos sociedades enfrentadas, la republicana católica y la unionista protestante, nos encontramos ante las bases de un nuevo desarrollo en la región. En todo el proceso, comenzado hace ya cinco años, ha habido muchas idas y venidas, entre fracasos, treguas y atentados. Sin embargo, parece que la voluntad de los negociadores ha ido salvando los mayores escollos para iniciar un nuevo camino hacia la paz. Las vías por las que se ha ido gestando este pacto nos muestran quizás un interesante modelo a seguir.

La clave del conflicto. En la actualidad la mayoría de la población del Ulster es protestante (55%). Siguiendo la tendencia actual del crecimiento demográfico norirlandés, a mediados del siglo XXI la mayoría será católica. Si esto es así, el conflicto

perduraría irremediablemente. Los republicanos pedirían y conseguirían la adhesión a Irlanda. Mientras, los unionistas permanecerían en sus posiciones al modo como hasta ahora han funcionado los grupos terroristas republicanos, pero entonces en minoría. En cualquier caso, la dureza de los últimos treinta años y el cansancio tanto británico como irlandés se prolongarían sin límite y la paz no se hallaría de ningún modo. Por ello, se ha buscado una vía media que evite el uso de la violencia y halle un modo de convivencia entre las dos comunidades enfrentadas.

Iniciativa del Reino Unido y de la República de Irlanda. Estos dos estados han sabido cooperar desde marzo de 1993 para tratar de poner fin a una disputa en la que ambos salían perjudicados. Por un lado, el Reino Unido ayuda anualmente a la economía del Ulster con cerca de 5.000 millones de libras esterlinas y mantiene desplegados 16.000 soldados en ese territorio sin haber conseguido el objetivo que se propusieron al desembarcar en 1969, la pacificación de las facciones enfrentadas. Además, los métodos policiales no han dado ninguna solución al terrorismo católico y, a la vez, han mantenido cierta connivencia con los grupos paramilitares unionistas. Por otro lado, Irlanda queda condicionada por la situación de su región vecina. Tanto la política interior como su economía se hallan alteradas constantemente por este problema, en el que implícitamente toman parte por los republicanos católicos. Ninguno de los dos estados puede ir de la mano en la Unión Europea sin solucionar este conflicto. Quizás por ello en Stormont han sido los primeros en saber negociar: el Reino Unido abre la posibilidad de «consentir» la autodeterminación de la zona; la República de Irlanda renuncia constitucionalmente a la anexión de la región. Con este posicionamiento, las partes en conflicto se ven obligadas a negociar.

Mediación de Estados Unidos.

Para sentar a negociar a las partes, ha sido necesario no sólo un marco político adecuado, sino también el apoyo estadounidense por los lazos que unen tanto a la minoría irlandesa de EE.UU. con su tierra madre como a las buenas relaciones con el Reino Unido. Para este puesto, Clinton escogió a un político de origen irlandés, el ex-senador demócrata G. Mitchell. Desde hace casi dos años, ha ido sentándose con los grupos dispuestos a la paz en el Ulster poniendo muy claras las condiciones para una negociación: utilización de medios democráticos y pacíficos para alcanzar un acuerdo y compromiso con los resultados del pacto. Además, este senador cuenta con buenas relaciones en el mundo empresarial y político norteamericano para facilitar no sólo ayudas económicas del gobierno estadounidense sino también inversiones privadas en una zona tan castigada por la crisis económica y con uno de los índices más bajos de crecimiento económico de Europa. Una vez más, la mediación política de EE.UU. se ha hecho necesaria para solucionar conflictos europeos. La Unión Europea no ha podido tener un peso en las negociaciones por su falta de unidad en temas políticos que afectan a la soberanía de los estados. La estrategia común en cuestiones económicas no acaba de encontrar su paralelo en los planes políticos de la Unión.

Instituciones para la paz. *El acuerdo en el que se comprometen las partes significa una búsqueda de mediaciones políticas firmes en la que destaca el carácter democrático y equitativo para las dos comunidades enfrentadas. La Asamblea de Irlanda del Norte constará de 108 representantes con poder legislativo para la defensa de los derechos humanos y de los intereses de los ciudadanos. Además, elegirán al primer ministro y vice-primer ministro con criterio intercomunitario. El resto de los ministros se elegirá en la cámara por votación aplicando la Ley D'Hont. Se trata de configurar un gobierno en el que las minorías*

violentas no tengan casi acceso y en el que prevalezca el diálogo de los grupos más moderados. El Consejo Norte-Sur trata de formar una entidad política para la cooperación en la isla entre ministros de Dublín y Belfast.

Sus poderes legislativos serán por acuerdo entre las partes. Este Consejo además servirá de órgano permanente de consulta, sin ninguna prerrogativa especial, gracias a la presión unionista que trata de evitar aproximaciones definitivas al gobierno irlandés. El Consejo Anglo-Irlandés servirá para la cooperación entre Gran Bretaña e Irlanda en temas como transportes, agricultura, medio ambiente, cultura, salud, asuntos europeos y educación. Por último, la Conferencia Intergubernamental tendrá el papel más importante de seguimiento de los acuerdos alcanzados en Stormont, contando con ministros británicos, norirlandeses, irlandeses y observadores internacionales. En concreto, velará por el respeto a los derechos humanos, la liberación de presos que acepten el acuerdo, la reforma de la policía del Ulster y control sobre la seguridad en la zona. Todas estas mediaciones institucionales han sido aceptadas en el pasado referéndum del 22 de mayo, y confirman los deseos de paz del pueblo de Irlanda.

Pistas para el futuro. En primer lugar, el papel de T. Blair y B. Ahern ha sido fundamental. A partir de ahora estos dos gobiernos han de mantener posiciones de diálogo constante ya que sobre ellos recae la responsabilidad del éxito del acuerdo. Como decía el primer ministro británico, se ha cambiado la dinámica histórica al negar que «la victoria de una de las partes signifique la derrota de la otra». Para Blair supone la confirmación de su peso político. Al gobierno irlandés de Ahern le lleva a una postura más claramente pacifista aunque sea encajando valientemente una merma de las aspiraciones nacionalistas. En segundo lugar, los representantes de grupos tan importantes como el Sinn Féin (G. Adams) o del «Unionist Ulster Party» (D. Trimble) han apostado fuertemente por la paz, aun

en contra de minorías de su propio partido. El pueblo irlandés debe agradecer que representantes políticos sean capaces de honrar su profesión usando la política como vía de negociación y reparto del poder, buscando el bien común y no únicamente el interés ideológico de sus votantes. En tercer lugar, queda por ver si radicales como Ian Paisley o grupos armados republicanos («R.A. Continuidad», I.N.L.A, «Comité de los Treinta y Dos») o unionistas (L.V.F.) podrán cambiar su actitud y abrirse ante la voluntad de la mayoría.

EL futuro que comienza en Stormont nos invita a confiar en que no hay procesos históricos inevitables, siempre que haya voluntad política real para solucionarlos. El porvenir que se nos ofrece nos hace desconfiar de las ideologías que fomentan el odio por el odio, sin vincularse a los mecanismos políticos que están a su alcance. Desde hace tiempo en el País Vasco, las instituciones democráticas funcionan con un grado de autonomía mayor de lo que propone este pacto irlandés, y todavía no se ha podido integrar a los sectores más radicales en la utilización de medios democráticos. Tanto Irlanda como el País Vasco, desde contextos distintos, han de progresar en la profundización social de los valores democráticos, sin dejar que venza la voluntad de los extremistas. Afortunadamente, en Irlanda se abren nuevas posibilidades a lo que parecía un callejón sin salida, aunque desgraciadamente todavía tengan que oírse nuevas explosiones de los que no aceptan la paz que viene de Stormont.